

LEYENDAS DE ÁVILA

según

SONSOLES SÁNCHEZ-REYES

Fotografías: Gabriela Torregrosa Benavent

Prólogo: Germán Delibes



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— ANAQUEL DE HISTORIA, n.º 25 —
MADRID • MMXXVI

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

Derechos exclusivos de esta edición y traducción en lengua española:

© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © SONSOLES SÁNCHEZ-REYES

Directora de la colección © ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Fotografías interiores y de cubierta © GABRIELA TORREGROSA BENAVENT

Del prólogo © GERMÁN DELIBES

Fotografías de la autora en solapa © VANESSA GARRIDO



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: NOVIEMBRE 2026

I.S.B.N: 979-13-87751-13-5

Depósito legal: M-26087-2026

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*A mis queridos y entrañables abuelos,
que fueron las raíces que me entroncaron con los tiempos remotos*

www.cuadernosdelaperito.com

www.cuadernosdelaberinto.com

ÍNDICE

PRÓLOGO. POR GERMÁN DELIBES	pág.	9
EL TORO DE LA RINCONADA	pág.	13
LOS TRES HERMANOS MÁRTIRES	pág.	17
SEGUNDO FUE EL PRIMERO	pág.	25
SANTA PAULA BARBADA	pág.	33
SI A LA SOTERRAÑA VAS	pág.	41
LOS CONSTRUCTORES DE LA MURALLA	pág.	53
EL REY NIÑO	pág.	61
LA VIRGEN DE SONSOLES	pág.	71
XIMENA BLÁZQUEZ Y LA GESTA DE LOS SOMBREROS ...	pág.	83
NALVILLOS BLÁZQUEZ Y AIXA GALIANA	pág.	89
ZURRAQUÍN SANCHO	pág.	99
EL CUBO DE LA MULA	pág.	107
LOS CUATRO POSTES	pág.	115
LOS TOCONES	pág.	123
MANQUEOSPESE LA HE DE VER	pág.	131
EL PROFETA DE ÁVILA	pág.	141
EL TOSTADO Y LA FE DEL CARBONERO	pág.	147
ALFONSO, «EL INOCENTE»	pág.	157
LOS TOROS DE GUI SANDO	pág.	165
EL PRÍNCIPE QUE MURIÓ DE AMOR	pág.	173
LA CALLE DE LA MUERTE Y LA VIDA	pág.	187
MAGALIA QUONDAM	pág.	195
EL POZO DE LA CATEDRAL	pág.	205
EL FANTASMA DEL MARQUÉS DE LAS NAVAS	pág.	217
ALDEASECA, ENTRE LEYENDA E HISTORIA	pág.	227
EPÍLOGO	pág.	233

www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

POR GERMÁN DELIBES

«Yo nací en Ávila, la vieja ciudad de las murallas, y creo que el silencio y el recogimiento casi místico de esta ciudad se me metieron en el alma nada más nacer».

Con esta frase, Pedro, protagonista de *La sombra del ciprés es alargada*, reivindica sus raíces y da comienzo a la historia con la que un desconocido por aquel entonces Miguel Delibes, obtendría el Premio Nadal de literatura cuando apenas contaba con 27 años.

Tal y como lo hiciese con Sedano, su pueblo de adopción, Delibes, sin haber nacido en él y pudiendo haber escogido cualquier otro paisaje entre mil, se decantó por el de la ciudad amurallada para ambientar la primera parte de su novela. Quizá sea este el motivo por el que yo sienta especial predilección por esta localidad. Un cariño que no se ha basado únicamente en ese vínculo familiar con mi abuelo, también influyeron, y mucho, las amistades forjadas en ella a lo largo de los últimos años. Precisamente fueron dos amigas abulenses las que me plantearon la posibilidad de prologar este libro: Sonsoles y Gabi. Ambas, a través de una estrecha colaboración, han sabido combinar la palabra y la fotografía de forma magistral para que podamos ser partícipes de la historia de esta provincia.

Desde hace unos años visito asiduamente los diferentes municipios de Ávila con *El otro Delibes*, un proyecto en el que, además de fomentar la lectura, pretendo dar una visión cercana y familiar del escritor a los escolares de nuestra comunidad. Mi compañera Sara Sánchez, responsable de la actividad en esta Dirección Provincial, ha tenido a bien enviarme a los lugares más recónditos de la geografía abulense a lo largo del último lustro. Si ya de por sí sentía fascinación cada vez que

lo hacía, ahora, tras la lectura de estos relatos, tengo la impresión de conocer un poquito mejor su historia y es muy probable que, cuando vuelva a recorrer los colegios e institutos de la provincia, lo haga con otros ojos. Así, cuando detenga mi coche a las afueras de la ciudad para fotografiar la muralla como si fuera la primera vez que la veo, recordaré el sufrimiento de los dos maestros de geometría, Casandro Colonio y Florín de Pituenga, que, bajo la amenaza de Raimundo de Borgoña, acabaron esta inmensa fortificación en tiempo y forma, estableciendo con ella un vínculo tan fuerte que resulta difícil de explicar con palabras.

Cuando vuelva a pasar por Las Navas del Marqués y comente a los alumnos que Delibes perdió a su mujer cuando esta tenía 51 años y que nunca llegó a olvidarla, me vendrá a la memoria el Castillo de Magalia, donde Pedro Dávila, a pesar del enfado con su hija por escaparse con un centauro, no dejó de recordarla todas y cada una de las noches en las que se torturaba con un repetitivo *Magalia quondam* (Magalia, ¿dónde estás?).

Cuando cuente a mis jóvenes interlocutores las penurias que padeció Cipriano Salcedo, el hereje de Delibes, al final de su última novela, será difícil no acordarse de Vicente, Sabina y Cristeta, los tres hermanos mártires cuyos cuerpos fueron arrastrados sin vida por las calles de la ciudad y que se convirtieron en un símbolo de la inquebrantable fe cristiana.

De igual manera, al dirigirme a alguno de los pueblos situados en las estribaciones de la Sierra de Gredos, recordaré a Pedro del Barco, a su mula y cómo no, al Toro de la Rinconada (ojalá mis alumnos descubriesen que el verdadero tesoro está en su interior y no en las cosas materiales).

Pero si hay un lugar emblemático en Ávila, una leyenda en sí misma tal y como nos recuerda Sonsoles, es el de Los Cuatro Postes. Este *vigía pétreo*, como ella lo denomina, ha sido testigo de excepción, a lo largo de los siglos, de todo lo acaecido en esta ciudad. Siendo apenas una niña, y antes de que sacudiese el polvo de sus sandalias como hermana

carmelita, Teresa de Jesús, tal y como cuenta la leyenda, fue interceptada por su tío en este punto cuando pretendía escapar junto a su hermano, Rodrigo. Una historia que Don Mateo Lesmes, maestro de Pedro y Alfredo, protagonista de *La sombra del ciprés*, contaba a sus pupilos desde el humilladero: «Don Mateo contempló la ciudad durante un gran rato; luego, mirándonos a los tres, dijo:

—En este punto alcanzaron a Santa Teresa cuando huía con su hermano a tierra de moros. (...)

—¿Y por qué?

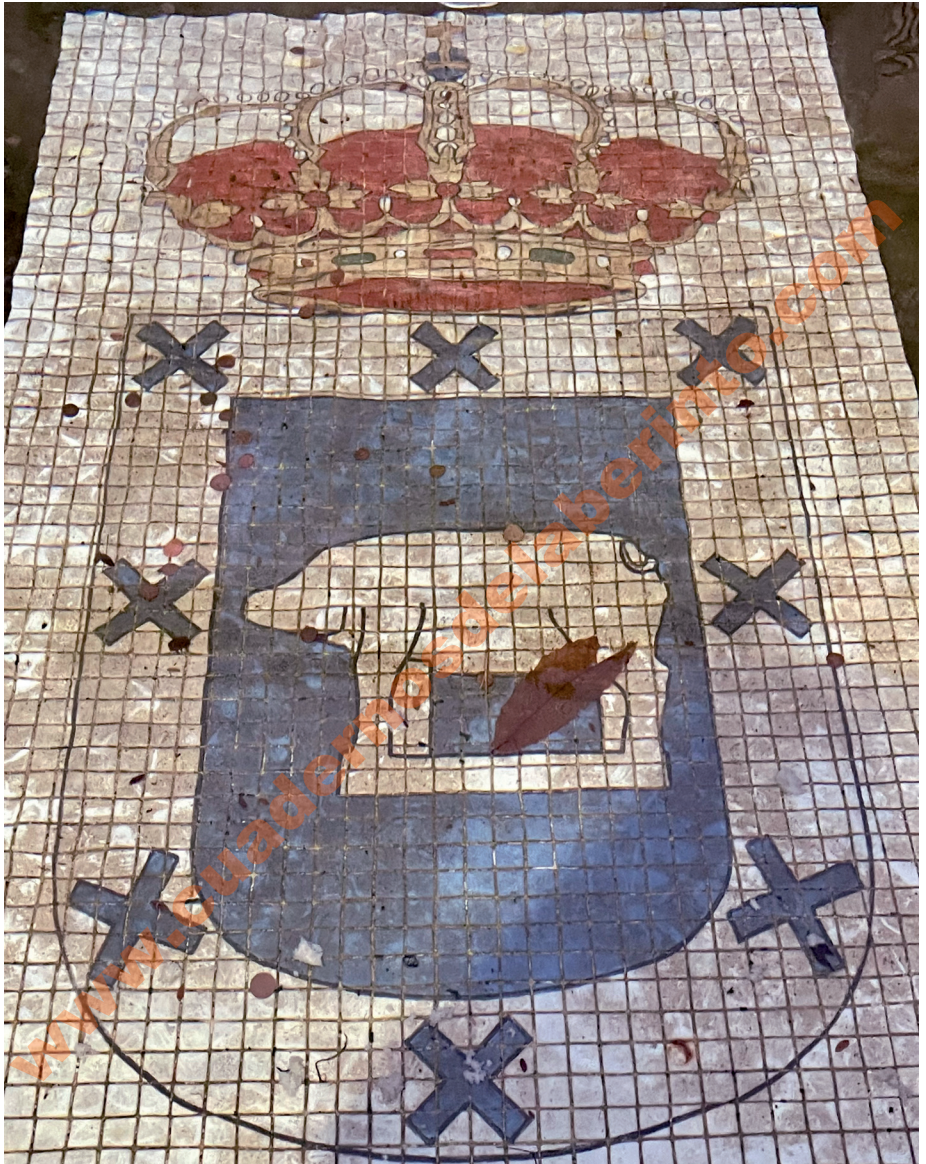
—Escapaba para sufrir martirio por Dios”

—¿Y por qué?

—Porque era muy buena; una santa; una gran santa...».

Todo cobra sentido. Ahora logro entender a Pedro que, influenciado por Don Mateo, llega a reconocer en la novela que su anhelo más profundo, además de conocer el mar, es contemplar Ávila nevada desde Cuatro Postes en una noche de luna. Ese día, descrito por Delibes, resulta conmovedor: «De súbito me vi agarrado a la cruz de granito de Cuatro Postes. Apenas me atrevía a darme la vuelta y tender la vista sobre la ciudad nevada (...) Por primera vez comprobé que Ávila de noche, nevada y con luna, se encontraba consigo misma. Exhalaba su aroma de siglos sin bastardearle con modernas impurezas».

Concluyo ya este prólogo no sin antes aludir a otro de los pensamientos del protagonista de la primera novela de Delibes mientras contempla el paisaje nevado desde este simbólico lugar: «Imaginé que no otra, en todo el mundo, podía ser la cuna de Santa Teresa». No puedo estar más de acuerdo con él y, tras la lectura de estos veinticinco relatos, me he dado cuenta, si no lo había hecho ya, de que Ávila fue, es y será una ciudad de leyenda.



Escudo de El Barraco en fuente pública (El Barraco)

EL TORO DE LA RINCONADA

LEYENDA DE EL BARRACO

Mucho tiempo había transcurrido ya desde aquella tarde cálida en la que descubrió hacia dónde se encaminaba su padre cada día, tras concluir las faenas agrícolas y de pastoreo. Al menos a él, que todavía habitaba los días lentos de la infancia, le había rendido como si fuera una eternidad.

Había sido un hallazgo fortuito: enviado por su madre a los campos con la encomienda de allegar al padre pitanza reciente y vino fresco, cuando alcanzó con sus andares saltarines la cima del repecho desde la que el receptor solía ya hacérsele visible, su inocente alegría se le anudó en la garganta al localizarlo en la lontananza, con la agudeza de su vista aún no empañada por la edad, de espaldas, en ese preciso momento abandonando prematuramente sus afanes cotidianos e internándose por una senda, en dirección a las afueras del poblado vetón. Era un muchacho espabilado y entendió que ese extraño proceder no era fácilmente explicable, así que posó las vasijas ágilmente en el recodo donde siempre las depositaba y decidió seguirlo con sigilo, a una distancia prudencial para no ser advertido, con el palpito de que podrían regañarle por franquear un límite que se le antojaba vedado salvo para los adultos.

Fue de este modo como llegó a conocer, con gran sorpresa, que en el confín de las tierras pertenecientes a la aldea, los hombres del lugar se afanaban con secretismo en esculpir un enorme y pesado bloque pétreo, tarea que parecía haber comenzado muchas lunas atrás. Inicialmente especuló que levantaban un ara, posiblemente a la deidad de Vaelico, o quizá a la de Ilurbeda. Aturdido y excitado por el impacto del descubrimiento, regresó a su casa con alas en sus pies. En la aurora de una astucia poco acostumbrada a aflorar, reflexionó que no le convenía desvelar a nadie las imágenes que aún latían en sus ojos.

Día tras día, cuando, huidizo, lograba esquivar a los demás niños del pueblo para ir a observar el progreso de los trabajos, oculto en la lejanía, su estado de fascinación aumentaba, porque la voluminosa figura que emanaba de aquellas manos viriles, cuyos dueños apenas proferían palabra para no restar vigor a su labor, era un animal que él no había visto nunca, semejante en muchos rasgos a un toro, aunque también en algunos evocaba un cerdo, y en otros se asimilaba a un jabalí. Una criatura monstruosa, fuerte, aterradora, que emergía del granito enseñoreándose del contorno. El chaval anhelaba y temía a partes iguales poder contemplarla de cerca.

En una de las postreras jornadas, el bovino inopinadamente apareció ante su mirada cubierto de un tono amarillo que simulaba oro. El chico razonó que no podía tratarse del metal precioso, pues él mismo había sido testigo de la talla de la figura en piedra, y supuso que respondería al brillo de algún pigmento extendido por la superficie. Ese día, a un miembro de la cuadrilla le fue asignado cincelar el pedestal, acción que emprendió con la solemne meticulosidad de quien se sabe dejando una inscripción para la posteridad. Al terminar su empeño y alzarse para liberar el espacio de visión de los demás, sus compañeros estallaron en un grito de júbilo, y por primera vez olvidaron su recato para abrazarse y congratularse por el resultado de su esfuerzo.

El rapaz sintió desde ese instante una quemazón interior que le urgía a volver al sitio. Al ansia por arrimarse al gigantesco astado se unía la avidez por poder leer las palabras grabadas en él. Apenas pudo conciliar el sueño, y al despuntar el amanecer se deslizó entre las sombras para hacer realidad su deseo.

Sin presencia humana alguna en derredor, la mole se mostraba monumental y soberbia, tan imponente en su soledad, que diríase venida de otro mundo. Con el aspecto dorado de su tinte amarillo, parecía creada para asumir una misión tan delicada como inescrutable: custodia de lindes, guardiana del ganado, amuleto de fertilidad, homenaje a los moradores del más allá, ofrenda a la divinidad para asegurarse su favor...

entre tantas opciones que se le agolpaban en la mente, el chico concibió la absurda idea de que hubiera sido construida solo para él. Sumido en una sensación de trascendencia, se aproximó a la res hasta quedar a pocos centímetros de su cabeza. Sus ojos transitaron la estatua como si quisiera insuflarle vida, hasta percatarse de la leyenda que aguardaba ser descifrada desde el pedestal: «Enfrente del toro, está el tesoro».

Como movido por un resorte, el muchacho se giró y se concentró en intentar apreciar el rastro de algún movimiento de suelos que se hubiera producido frente a la testuz del animal, y que delatase el punto donde los hombres hubieran podido enterrar esa fortuna. No detectó nada que le indicase la singularidad de una ubicación entre las demás. No obstante, un creciente cosquilleo de codicia le llevó a explorar los alrededores del verraco, primero hacia el septentrión y el meridián, después hacia el levante y el poniente, oteando fijamente el terreno, pisando, palpando y oliendo palmo a palmo. Todo en vano y sin que su tenacidad diera fruto.

Porfiaba con tal intensidad, que acabó por perder la noción del cansancio, del hambre o la sed, inmerso en un denuedo enloquecido que se ensañaba en él sin permitirle reparar en el paso del tiempo, hasta que la dificultad de percibir las formas le hizo percatarse, con una punzada de alarma como un escalofrío, de que ya estaba anocheciendo y un día entero se había escurrido desde el inicio de su escapada.

Con el corazón desbocado, corrió a la casa familiar, donde bien intuía le aguardaban reproches y preguntas que traslucían las horas de angustia vividas por sus padres, y que aumentaban ante el mutismo y las evasivas en que se escudaba como única réplica. Fue solo al quedarse en privado con su padre, cuando se atrevió a verbalizar finalmente el desasosiego que le recorría, como una gota de sudor gélido avanzando sobre el espinazo.

—¿Dónde habéis escondido el tesoro del toro?

Durante un instante, el padre arqueó las cejas en señal de perplejidad, pero enseguida descansó su incertidumbre anterior en un conato